

Joaquín Leguina

LOS 10 MITOS
DEL NACIONALISMO
CATALÁN

temas de hoy.

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Joaquín Leguina, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Ediciones Temas de Hoy, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.temasdehoy.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2014

ISBN: 978-84-9998-441-4

Depósito legal: B. 15.474-2014

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

Printed in Spain-Impreso en España

Índice

<i>Prólogo</i>	13
I. HISTORIA Y MITO	25
El largo viaje del esencialismo en España	27
La posguerra. Vuelta a la mitología.....	32
El debate entre Castro y Sánchez-Albornoz.....	34
Julio Caro Baroja	37
El último liberal unitario: Ramón Menéndez Pidal	38
Hacia una nueva concepción de la Historia. Vilar y Vicens Vives.....	40
El esencialismo catalán: de Bofarull a Prat de la Riba...	45
II. EL CATALANISMO POLÍTICO HASTA LA II REPÚBLICA	55
III. LOS MITOS HISTÓRICOS DEL NACIONALISMO CATALÁN ...	67
El compromiso de Caspe	69
Los segadores (1640)	71
La derrota de 1714 y el Decreto de Nueva Planta	74
¿Fue la de 1936-1939 una guerra contra Cataluña?	78

IV. EL ARRAIGO DEL PENSAMIENTO MÍTICO EN CATALUÑA	81
V. EL NACIONALISMO CATALÁN EN LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA	95
La II República y el Estatuto de Nuria (1932)	97
El «encaje» en la Constitución de 1978 y el Estatuto de Sau.....	108
La política territorial de los Gobiernos españoles (1978-2004).....	113
El «pujolismo». «Fer país»	120
La lengua como forjadora de la nación	127
El nuevo «encaje» de Maragall y Zapatero.....	133
La sentencia	144
VI. CRISIS Y FRUSTRACIÓN.....	147
La hoja de ruta.....	149
Intelectuales y obreros.....	156
Un nuevo mito: «España nos roba»	160
El papel del PSC.....	167
VII. ¿Y AHORA QUÉ HACEMOS?	175
Cuando se jodió lo nuestro	181
El derecho a decidir.....	188
El desafío.....	192
La independencia como un paraíso en la tierra	198
Posición de la UE.....	202
¿Dialogar? ¿Sobre qué y para qué?	208
Una propuesta personal.....	213
<i>Agradecimientos</i>	217
<i>Bibliografía</i>	219

«Los mitos suelen referirse a grandes hechos heroicos que, a menudo, son considerados el fundamento y el comienzo de la historia de una comunidad.»

JOSÉ FERRATER.
Diccionario de Filosofía

«**E**n Cataluña, el castellano es, además de la lengua común, la lengua materna del 55 % de los catalanes, frente 31,6 %, que tiene el catalán. La clase política de primera línea presenta otro perfil: según solventes estudios de hace pocos años, tan sólo el 7 % de los parlamentarios reconoce el castellano como su “identidad lingüística”. Una circunstancia poco compatible con lo que normalmente sucede con las colonias: los colonizados son los que mandan. Como tampoco lo es que Cataluña sea la región con mayor PIB de España, que el presidente de la Comisión de Exteriores de la metrópoli sea un nacionalista catalán o que el presidente de la Generalitat y otros cincuenta y cinco altos cargos de la Generalitat cobren más que el presidente del Gobierno. Y, si se mira la trama social, la fabulación nacionalista todavía resulta más extravagante. Cerca del 70 % de los catalanes, que en primera y segunda generación proceden de otras partes de España, ocupan las partes más bajas de la pirámide social y viven en el extrarradio de las ciudades, mientras que los “colonizados” habitan en los mejores barrios. También aquí la lengua empeora las cosas, al menos si nos importa la igualdad. Al convertirse el catalán en requisito para acceder a muchos puestos laborales, entre ellos los de la adminis-

tración pública, la lengua oficia como un filtro que penaliza a los castellanoparlantes, los más humildes. La exclusión real es la de los supuestos invasores.»

FÉLIX OVEJERO LUCAS.

«La izquierda, el nacionalismo y el guindo», 2014

Prólogo

Como nos ha recordado el profesor Ricardo García Cárcel, el nombre de Cataluña aparece por primera vez a fines del siglo xi y comienzos del siglo xii, al mismo tiempo que los primeros textos literarios en catalán, dos siglos después de que el conde de Barcelona, Wifredo el Velloso, consiguiera unir los condados de la entonces llamada Marca Hispánica.

Desde el siglo xiii Cataluña constituiría, con Aragón, Valencia y Baleares, la Corona de Aragón. Corona de Aragón y Corona de Castilla se unieron por medio del matrimonio de los Reyes Católicos, formando la llamada —y reconocida como tal en los documentos de la época— *Monarquía de Espanya*. No se trata de la unidad nacional, sino de la unión de dos territorios que ya eran gobernados por los Trastámara desde comienzos del siglo xv. Durante aquel reinado se incorporaron a las Coronas de Castilla y Aragón los reinos de Granada, Navarra y América y las plazas norteafricanas. También se consolidaron las posesiones italianas de la Corona de Aragón.

La integración de Cataluña en España ha sido cuestionada en algunos momentos. En efecto, desde 1641 a 1652 Cataluña se vinculó como provincia a la Francia de Luis XIII; también durante

algunos meses de 1713-1714, al final de la Guerra de Sucesión, hubo catalanes que pretendieron crear una república independiente. Finalmente, una fugaz proclamación del *Estat Catalá* por parte de Lluís Companys, presidente de la Generalidad, de manera más retórica que efectiva, en octubre de 1934. En pocas palabras: desde el siglo xvi hasta hoy Cataluña ha formado parte de la Monarquía Hispánica o del Estado español.

A lo largo del siglo xx se ha apelado más al diferencialismo político y cultural de Cataluña con respecto a Castilla que a la antigua y falsa confrontación étnica. A la sinécdoque (tomar la parte por el todo), es decir, a la confusión Castilla-España contribuyó mucho la intelectualidad española, que sublimó a Castilla hasta el extremo de considerar a España como una construcción exclusiva de Castilla. Los Menéndez (Pelayo y Pidal), Unamuno, Sánchez-Albornoz... contribuyeron, sin duda, a esa sinécdoque, que el nacionalismo catalán acabaría por asumir, introduciendo progresivamente el paso de Castilla a España y a ésta como contrapunto de Cataluña.

En verdad, el esencialismo —es decir, la inútil búsqueda de las esencias de «lo español»— se disparó gracias a los escritos y discursos de muchos intelectuales de prestigio y no ha hecho ningún bien a esa España que tanto les «dolía» y a la que tanta literatura metafísica dedicaron. Y no le hizo ningún bien, en primer lugar, porque podían haber dedicado su precioso tiempo a proponer soluciones realizables en aquella España atrasada, analfabeta y caciquil, explotada y pacata que les tocó vivir. Por ejemplo, exigiendo una reforma agraria en condiciones o una reforma educativa que metiera en la Escuela a todos sus hijos y en la Universidad a los más dotados. En fin, que debieran haber puesto sus notables neuronas a favor de una España más moderna e industrializada en lugar de perder su tiempo elucidando si «nuestras raíces españolas» estaban en Indíbil y Mandonio o en Trajano, Adriano o Séneca. Además, aquellas elu-

cubricaciones esencialistas tan centradas, por cierto, en la «Castilla eterna» propiciaron la respuesta de quienes, como algunos vascos y algunos catalanes, acabaron por buscar, ellos también, sus «raíces eternas».

Pero ¿cómo hemos llegado a la situación actual?

Para el profesor Francesc de Carreras, «el secesionismo viene de lejos» y sería un error situar en el pasado reciente las raíces del actual proceso secesionista. Los motivos de fondo no están —siempre según Carreras— ni en determinadas renunciadas durante la transición política, ni en la disconformidad de los nacionalistas con el desarrollo del proceso autonómico, ni en la reacción contra la sentencia del TC sobre el Estatuto de 2006. No. Las verdaderas causas vienen de mucho más atrás. Estaban ya en los orígenes del catalanismo político, a finales del siglo XIX y principios del XX.

Pero lo más curioso del caso —o quizá lo más aberrante— es que el nacionalismo catalán que —como nos señala Carreras— comienza en aquella época abarca todo el espectro ideológico, con grupos, partidos y personalidades que se sitúan en la derecha o en la izquierda, como conservadores o como progresistas, pero con un factor común que los une: al ser Cataluña una nación, debe ser Cataluña, y no España, el ámbito principal de actuación de esos partidos políticos.

Es una constante del catalanismo contraponer la nación como «ente natural» y el Estado como «ente artificial». La idea parte de una vieja cuestión muy debatida en la historia del pensamiento político: ¿el hombre es un ser social o un ser individual?

Según Borja de Riquer, fue el fracaso de la penetración social del nacionalismo español lo que permitió la aparición de los nacionalismos alternativos. Este historiador señala las características específicas de la España de entonces: la debilidad de la revolución liberal, la ineficacia de la acción unificadora del Estado, el carácter

nacional precario de la vida política (según Juan Pablo Fusi, un país de centralismo oficial, pero de localismo real). Esas características constituyen la causa de que en España aparecieran los nacionalismos periféricos. También colaboraron en ello los desequilibrios económicos regionales, sobre todo las diferencias entre Cataluña y el País Vasco con el resto. También la débil homogeneidad social y un mensaje de integración nacional conservador y nostálgico. Comoquiera que sea, las relaciones entre el proceso de construcción nacional español, sin la fuerza suficiente que garantizase su éxito, y la génesis de los nacionalismos catalán y vasco a fines del siglo xix resultan evidentes.

Andrés de Blas, en sus *Escritos sobre nacionalismo* (2008), afirma que el Estado de los españoles y la conciencia nacional han vivido en la segunda mitad del siglo xx una evidente crisis de legitimidad y confianza. Cuatro elementos —según él— han contribuido a ello: la brusca ruptura de la tradición liberal provocada por la Guerra Civil, la voluntad del franquismo de apoderarse de la retórica del nacionalismo español en su versión más conservadora, el exagerado entusiasmo filonacionalista vasco, catalán y gallego de las izquierdas en la Transición y, también, la actitud exclusivista de los nacionalismos periféricos y su permanente deslegitimación del Estado democrático, proyectada desde el pasado al presente y desde el presente al pasado.

Respecto al «filonacionalismo» de las izquierdas que señala De Blas, el PSOE y también el PSC y, en general, la izquierda han sido víctimas de varios malentendidos que tienen su origen en el franquismo. Una primera confusión proviene de creer que todos los que estaban contra Franco eran «de los nuestros». Pues no. Los nacionalistas nunca han sido «de los nuestros» ni por su concepción del Estado ni por sus ideas sociales. La segunda y más grave confusión se deriva del añoso prejuicio según el cual los conceptos de «patria»

o de «España» son un invento del franquismo. Bajo tales prejuicios es fácil llegar a creer, por ejemplo, que hablar o escribir en español dentro de Cataluña es el producto de una imposición de «la lengua del imperio» por parte de Franco y no una tradición muy anterior a Prat de la Riba.

En efecto, cualquiera que viva en Cataluña o la visite percibe inmediatamente que en la calle, en la sociedad catalana, conviven el castellano y el catalán sin ningún problema digno de reseñar. Y si eso es así, ¿por qué las lenguas se han convertido en un problema político? Pues porque los nacionalistas consideran que *su lengua* es un elemento determinante de la identidad colectiva. Por eso tratan al español como si fuera una lengua extraña e impuesta por la fuerza, pese a que más de la mitad de los catalanes tengan hoy como lengua materna precisamente el español. No estamos ante una guerra entre lenguas, estamos ante una manipulación identitaria que conduce a una discriminación contra las personas a causa de su lengua materna. Eso es lo que viene pasando.

La permisividad con todas y cada una de las muchas ilegalidades cometidas por los sucesivos Gobiernos de la Generalidad, sus desprecios continuos hacia las sentencias del Tribunal Supremo o del Constitucional, ese mirar para otro lado de los sucesivos Gobiernos centrales, tanta blandura, no sólo se han basado en una voluntad de conllevase, de «dos no riñen si uno no quiere», también se ha debido al desgraciado hecho de una ley electoral que coloca en una situación privilegiada a los nacionalistas periféricos, únicos grupos que son capaces en las Cortes de aportar votos para sostener Gobiernos (del PP o del PSOE) cuando estos partidos no cuentan con mayorías absolutas.

Para pelear contra esa ideología excluyente y contra esas políticas, cuyo objetivo estratégico es la secesión, lo primero que es preciso hacer es despreciar las descalificaciones que reciben los no-nacio-

nalistas. Descalificaciones de las cuales se sirven ellos para defender su ciudadela y que van desde la más suave, «españolista», a las más duras, como «anticatalán» y hasta «franquista» o «facha», aunque, a mi juicio, la peor insidia en forma de prejuicio que los nacionalistas han conseguido colocar en el mercado de las ideas es aquella que equipara a los «separatistas» con los «separadores».

Sabemos quiénes son «separatistas», es decir, aquellos que persiguen como objetivo estratégico la escisión de Cataluña (también del País Vasco o de Galicia). ¿Quiénes son los «separadores»? Pues, según el pensamiento cándido de algunos, somos «separadores» quienes osamos criticar las bases ideológicas y las políticas nacionalistas. De lo cual se deduce que criticar a los nacionalistas no es «correcto», pues si te atreves a pronunciar tales blasfemias eres un «separador» y como tal alimentas la secesión. A ese tipo de razonamiento lo llamaban los clásicos *petición de principio*, pero existen formas más crudas de calificar tales argumentos: *basura ideológica*, por ejemplo.

Como ha dejado escrito Jon Juaristi, el Estado moderno sólo admite como sujetos de derechos a los individuos. Por el contrario, en la comunidad premoderna, a la que suelen apelar los nacionalistas, los derechos los señalaba el grupo estamental al cual perteneciera la persona. Un noble no podía ser juzgado por los mismos tribunales que tenían jurisdicción sobre la plebe. Los delitos de cristianos o judíos eran juzgados y castigados por las autoridades de la religión correspondiente, y su propia condición de delito se definía por normas distintas en cada confesión. Ser de piel demasiado clara (o demasiado oscura), albino o negro, podía privarle a uno de derechos disfrutados por sus vecinos de color considerado normal.

En su fondo ideológico, los nacionalismos secesionistas tampoco defienden hoy derechos iguales para las personas, sino que, al recla-

mar «la excepcionalidad» de sus «supuestas y antiguas identidades», se oponen de hecho a las identidades complejas que existen en sus territorios y a la vez exigen alternativas identitarias, incompatibles con la igualdad ante la ley. En otras palabras, niegan la identidad nacional como sustento de derechos y reclaman en su lugar los supuestos derechos de las identidades étnicas, es decir, de grupos definidos por rasgos accesorios desde el punto de vista de la identidad política (como lo es la lengua). Las identidades etno-nacionalistas no se basan en la posesión de unos rasgos objetivos, sino en el rechazo de la identidad política promovida por la nación-estado. Una comunidad nacionalista no es una comunidad tradicional, sino un sector de la población movilizadado contra el Estado.

En concreto, los argumentos de los nacionalistas catalanes se pueden comparar a las dos caras de una sola moneda: 1) se afirma que la existencia de la «nación catalana» es previa al orden constitucional y 2) esa «nación» es permanentemente maltratada por ese orden constitucional. Ambos argumentos son falsos y este libro trata de desmontarlos. También las falacias y los mitos con los que se ha ido construyendo esa falsa conciencia sobre la que ha nacido y crecido el nacionalismo, comenzando por sus diez viejos y nuevos mitos. Los mitos viejos y nuevos que se abordarán en este libro. A saber:

1. El compromiso de Caspe
2. Los segadores
3. 1714 y el Decreto de Nueva Planta
4. La Guerra Civil (1936-1939) contra Cataluña
5. Los países catalanes
6. La lengua propia
7. España nos roba
8. El derecho a decidir

9. Un nuevo Estado en Europa
10. El Paraíso: La independencia

La operatividad de algunos de esos mitos los describió con gracia un joven barcelonés en una carta enviada a *La Vanguardia*. Hela aquí:

Soy un barcelonés de 30 años que, como toda mi generación, creció con el *Club Super3*, el *Tomàtic*, la *Bola de Drac*, la *Arale*, Sopa de Cabra, Els Pets, *Els Caçafantasmes*, *Regreso al Futuro*... Veíamos la predicción del tiempo en la TV3, con los dibujos de soles y nubes sobre un mapa de los Países Catalanes. En la escuela nos explicaban la historia de las cuatro barras, pintadas por el emperador Franco con la sangre de Wifredo el Velloso sobre un escudo o tela de color amarillo-dorado: así nació nuestra bandera (la *senyera*). Los domingos por la mañana bailábamos sardanas en la plaza de la Iglesia, y daba gozo ver en un mismo círculo a los abuelos y los nietos, cogidos de la mano. En Navidad poníamos un *caganer* con barretina en el nacimiento. Así, disfrutábamos de una auténtica Navidad catalana.

En la primavera cogíamos las *xirucas* (una marca de calzado), y nos íbamos a nuestros Pirineos a disfrutar de nuestras montañas y sierras, en nuestra tierra. Celebrábamos la Diada, con ánimo de no olvidarnos de la derrota de nuestro pueblo a manos de Felipe V y de los españoles.

Somos un pueblo trabajador, con carácter, distinto del resto. Tenemos la Caixa, el RACC, los Mozos de Escuadra y los Ferrocarriles Catalanes. ¿Qué más queremos? Pues sí, queremos más.

Pero la verdad no se puede ocultar siempre. Te vas de erasmus a Londres y descubres que existe vida fuera de nuestro pequeño planeta catalán. Que también hay trabajadores con carácter en otros territorios. Que la Caixa no es tan importante, si se compara con el Comer-

cial Bank of China. Que solamente una ciudad como Shanghái tiene 20 millones de personas.

Descubres la verdad: que lo de las cuatro barras de Wifredo el Velloso sólo era una leyenda, un mito, sin fundamento histórico. Ni Wifredo fue contemporáneo del emperador, ni se usaba la heráldica en ese siglo. Descubres que la sardana la inventó en el año 1817 un tal Pep Ventura, que tampoco se llamaba Pep sino José, nacido en Alcalá la Real, provincia de Jaén, e hijo de un comandante del Ejército español.

Se la inventaron porque no podía ser que la jota de Lérida o del Campo de Tarragona fuese el baile nacional. Y tampoco podía serlo el baile denominado «El Españolito». Por eso se inventaron la sardana a comienzos del siglo XIX: para crear una identidad nacional inexistente hasta entonces. La sardana, otro mito.

Descubres que en 1714 no hubo ninguna guerra catalana-española, que Cataluña no participó en ninguna derrota bélica. Fue una guerra entre dos candidatos a la Corona de España, vacante desde la muerte de Carlos II sin descendencia: entre un candidato de la dinastía de los Borbones (de Francia) y otro de la de Austria (de tierras germánicas). En todos los territorios de la Corona de España hubo austracistas y borbónicos: por ejemplo, Madrid, Alcalá y Toledo lucharon en el mismo bando que Barcelona. Ningún bando aspiró nunca a romper la unidad dinástica entre Castilla y Aragón, ni la separación de Cataluña. La Diada, otro mito.

Te das cuenta que [los nacionalistas] nos han tomado el pelo. No nos han educado, sino adoctrinado. Que nos han alimentado, sin darnos cuenta, de una «ideología total» que se encuentra por encima de todo y de todos. Lo abarca todo: permite pisar el derecho de las personas, modelar la Historia a su gusto, y determinar qué está bien o mal.

Te das cuenta que [los nacionalistas] nos han adoctrinado a través de mitos, leyendas, mentiras. Que han construido o falseado una realidad, con tal de fundamentar su ideología.

Está claro que eso de viajar, es para algunos, una estupenda vacuna contra la estupidez y el aldeanismo.

El profesor Santiago Muñoz Machado ha señalado a propósito del llamado *desafío nacionalista* que está «emergiendo con fuerza en Cataluña una Constitución aparente». Entiéndase: «no publicada en parte alguna, y ni siquiera susceptible de ser citada con precisión porque sus preceptos no están escritos; son imaginarios y se elaboran siguiendo procedimientos desconocidos. Lo único visible de la Constitución nueva es que está desplazando enérgicamente a la Constitución escrita»¹.

Muñoz Machado asegura también que todos los juristas solventes perciben esta situación. En efecto, los nacionalistas han puesto en marcha un nuevo proceso, pero no han esperado a su conclusión para tomar decisiones jurídicamente relevantes. Por ejemplo, sin ánimo exhaustivo, el Parlamento ha declarado el carácter nacional y soberano de Cataluña; el Estatuto de 2006 es aplicado e interpretado por el legislador y el Gobierno catalanes a su gusto, es decir, sin muchos miramientos por el reparto de competencias establecido en la Constitución, ni tampoco por la sentencia del Tribunal Constitucional de 2010, la cual consideran inadmisibles. Aplican la legislación estatal después de evaluarla y sólo si supera el beneplácito de las instituciones autonómicas. Suelen reproducir entonces las normas estatales en la legislación autonómica, lo que contribuye a disimular su origen. Las sentencias del Tribunal Constitucional o de los tribunales ordinarios sólo se atienden si se consideran políticamente adecuadas a su ideología. Dirigentes políticos catalanes no

1. Muñoz Machado, S.: «La cuarta vía». *El Cronista del Estado Social y Democrático de Derecho*, n.º 42. 2004.

tienen el menor inconveniente en declarar que los tribunales están siempre subordinados a la política; y todo ello con total indiferencia de lo que pueda decir la Constitución o hayan declarado las sentencias.

Como el referéndum de autodeterminación es la única vía, de entre las indicadas por el Consejo para la Transición Nacional, que se ha incoado, los dirigentes políticos catalanes ya tienen dicho que, pese a la segura desestimación por las Cortes de la petición, no cejarán en su empeño de celebrar la consulta. Cómo lo harán está por ver y no interesa especular sobre ello, pero está claro que de celebrarse lo será contraviniendo la Constitución. Por más que se estiren las interpretaciones constitucionales, no hay ningún jurista razonable que pueda justificar que la Constitución acepta una consulta sobre la desmembración del Estado por disposición singular de los habitantes de una parte de su territorio.

Este libro pretende también explicar cómo hemos llegado al desafío actual. Cuáles han sido los hechos y cuáles las mentiras que han conducido al callejón sin salida en el que el nacionalismo ha colocado a la sociedad catalana y a las instituciones catalanas y españolas. El autor se ha servido de muchas aportaciones históricas, jurídicas y económicas que constituyen hoy un corpus de doctrina que últimamente ha crecido, precisamente para intentar elucidar el proceso separatista que se está viviendo en Cataluña. Este libro es una humilde aportación a esa batalla entre la razón y el sentimiento manipulado. Un sentimiento irracional que pretende convertir a los españoles en enemigos. Una manipulación que en el fondo sólo construye un discurso autocomplaciente. Al fin y al cabo, ¿a quién no le gusta que le pasen la mano por el lomo? Por ejemplo, de esta guisa: «somos los más hermosos, los más altos, los más inteligentes, los más trabajadores, los que mejor jugamos al fútbol y a la petanca... y no volamos como las águilas porque nos lo impide Madrid».

